



Crimen en
el Palacio Barolo
Mirtha Amores

FACTOTUM
EDICIONES



Crimen en
el Palacio Barolo

FACTOTUM
EDICIONES

Amores, Mirtha

Crimen en el Palacio Barolo / Mirtha Amores. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2021.

232 p. ; 23 x 14 cm. (Fictio)

ISBN 978-987-4198-34-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© Mirtha Amores, 2021

© Factotum Ediciones, 2021

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2021.

Cuidado de edición: Luciano Páez

Foto de tapa: Shutterstock

Composición de interiores: Brenda Wainer

Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-4198-34-1

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Crimen en el Palacio Barolo Mirtha Amores

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

I

El comisario inspector Aldama no estaba de buen humor. Carraspeó y le gruñó un hola a su chofer mientras se esforzaba en meter su humanidad en el asiento del acompañante

–Vamos de una vez –ordenó–. Se pasaron las seis y estamos más atrasados que la mierda. –Prendió un cigarrillo y dio una pitada honda que inundó toda la cabina, sin tener en cuenta que al compañero le acababan de dar el alta del Churruca, donde había estado internado otra vez por el problema de los bronquios.

–Poné la sirena y pasá de una –reclamó cuando llegaron a la esquina, al mismo tiempo que tosía en su dirección–. La cosa fue en el Palacio Barolo. Justo ahí tenía que haber un crimen, así es mi mala suerte, el asunto va a salir en todos los diarios. Una porquería. Van a venir todos los periodistas de mierda. –Doblaron raudos hacia Avenida de Mayo y se sumergieron en el caos vehicular de Buenos Aires para llegar al lugar apuntado en la minúscula libreta que el investigador sostenía entre las manos.

Cosa rara para una tarde en Buenos Aires, no se encontraron con ningún corte de tránsito y llegaron enseguida.

Aldama se liberó del cinturón y bajó apurado. Pacífico Martínez, el chofer, atravesó el auto frente a la puerta de un garage y abrió las puertas para ventilar las partículas de humo; desde allí pudo advertir cómo el comisario cruzaba la calle rumbo a un edificio de gran arcada, pero también pudo ver a los dos seres que iban llegando por la esquina. Al divisarlos, una sonrisa maligna se le instaló en la cara mientras se recostaba en el asiento dispuesto a disfrutar de su revancha: por la vereda de enfrente se acercaba un viejito medio achacado paseando a su caniche, cuya blancura hacía contraste en ese momento contra un pozo lleno de caños herrumbrosos. Martínez no tuvo que esperar más que unos segundos. En cuanto el perro vio a Aldama, empezó a gruñir y a tirar de la correa hasta que la poca fuerza del dueño dijo basta y tuvo que soltarlo, convertido en una pequeña tormenta de odio y de ladridos que enfilaba en dirección al comisario. Entre carcajadas, el chofer vio a este darse vuelta para amagar con una patada, pensarlo mejor y desaparecer de un trote por la puerta abierta del edificio Barolo. “La maldición lo persigue todavía”, se dijo, “ojalá que le dure mucho tiempo más, por hijo de puta”.

El comisario no se dejó impresionar por los rosetones de bronce en el suelo ni por los mármoles y las columnas de la entrada porque ya conocía ese lugar. Cuando era un oficial recién recibido, en los tiempos del último gobierno militar, tuvo que acudir varias veces a unas oficinas que los servicios de inteligencia habían montado en el subsuelo. Jamás se había sentido cómodo en aquel edificio. Le mostró la placa al vigilante y se dirigió a uno de los ascensores. Miró con desagrado la estructura de hierro pensando que era estrecha, lo cual le molestaba bastante, y seguro que iba a subir demasiado lento.

“ASCENSOR”, aclaraba una placa de bronce de la puerta, bajo una flecha en forma de flor de lis que marcaba los pisos. “Como si uno no supiera lo que es”, rezongó para sí mismo. Al llegar al sexto se bajó de la jaula y miró a su alrededor. Ante él se desplegaba un espacio central y más adelante un pasillo de paredes color crema con varias puertas en hilera. “Huele a viejo”, se dijo. Al fondo, las cintas rojas de seguridad eran el único detalle de color. Unos cuantos curiosos se asomaban desde la puerta entreabierta de una de las oficinas. Pasó sin mirarlos. Los policías que custodiaban el lugar lo saludaron con respeto e inmediatamente se le aproximó un teniente joven de la zona y a su lado un tipo fornido con bigotes tipo morsa, que se presentó como el nuevo médico forense.

—¿Podemos ver el cuerpo? —apuró Aldama mientras prendía otro cigarrillo.

—Claro. Por acá.

Entraron a un departamento de un ambiente, espacioso y con antiguo piso de madera. Lo primero que le llamó la atención fue lo despojado del lugar, una oficina sin cuadros, sin ningún toque personal. Al fondo, un mueble de puertas oscuras, no muy grande, con algunos cajones abiertos y revueltos. Al centro, un escritorio chico, con dos o tres papeles desparramados, otros más en el suelo. Entre la pared y el escritorio, una silla tirada y a su lado sobre el piso el cuerpo de un hombre que parecía haberse muerto con las piernas muy rectas y estiradas. Estaba cubierto con una lona gris oliva que contorneaba la silueta aunque se asomaba un pie sin zapato, cubierto por una media rayada.

Se paró al lado. La lona también se corría en la otra punta y dejaba al descubierto una mano tan pálida como el mármol de las escaleras por las que acababa de pasar. Vio que los dedos, congelados a causa del rigor mortis, se contraían en una especie de garra. Se aproximó para observarlo mejor.

–Esto es lo que tenía en esa mano –le escuchó decir al teniente, atrás de él. Sacó un sobre transparente con el material incautado colgando en su interior.

Un naípe arrugado. En realidad, una carta de tarot.

Tenía escrito “La Torre”, y eso representaba: se podía ver la imagen de una torre partida en dos por una llama de fuego que bajaba de lo alto, como un rayo, con dos figuras humanas cayendo de cabeza al suelo mientras una multitud de bolas de colores cruzaba el aire en todas las direcciones.

El inspector se sintió disgustado y devolvió la bolsita como si fuera un objeto con mal olor.

–Estas cosas de brujería que aparecen en los crímenes solo sirven para despistar –pontificó. Se dio vuelta hacia el forense:

–¿Y la causa de la muerte?

–Convulsión seguida de paro cardíaco y respiratorio –fue la respuesta–. Pero la causa primaria la verdad es que todavía no sé. No hay huellas de violencia. Falta llevar esto a analizar, pero descarto que haya empezado como un ataque al corazón. Lo de la convulsión es por la baba y por las piernas estiradas. Lo más raro de todo es cómo tiene la cara. Fíjese, comisario.

A Salvador Aldama no le gustaba que nadie le diera indicaciones de lo que tenía que hacer, así que sin decir palabra dio la media vuelta y con toda deliberación se fue a revisar primero el desorden de los papeles y unas marcas en el suelo que parecían haber sido causadas por el zapato que faltaba. Se distrajo por un momento a causa de un retortijón incómodo que sintió en las tripas, que por suerte no duró demasiado. Después se concentró en lo que le iba revelando su propio instinto: aquello no era suicidio ni muerte natural. Encontró el zapato tirado en un rincón. El teniente, que parecía calibrar con cuidado antes de abrir la boca, se aproximó entonces con tres objetos más.

–Esto lo encontramos en el cajón del escritorio –explicó.

Eran tres bolsitas transparentes, una con unas esposas de metal delgado, otra con un juego de antifaces de terciopelo bordó y la otra con dos pequeñas bolas de metal, unidas por un grueso hilo de seda colorada.

Aldama volvió a fruncir el ceño.

–Bueno. Esto ya se verá.

Devolvió los saquitos, miró a su alrededor buscando un cenicero para dejar la colilla y después prefirió tirarla al pasillo a través de la puerta entreabierta, para no encastrar el escenario del crimen (sí, porque cada vez estaba más seguro de que aquello era un crimen). Por último, se acercó para terminar con lo que estaba pendiente. Levantó la lona gris y contempló el semblante del cadáver. De inmediato volvió a taparlo. Ahí nomás lo asaltó el impulso de marcharse a otro lugar, porque el escritorio de madera parecía estar a punto de venírsele encima, la habitación se había vuelto demasiado chica y su panza se retorció de nuevo, esta vez con más fuerza. Se puso de pie. Llamó al teniente y le comunicó –con una circunspección nada habitual en él– que asuntos imperiosos lo aguardaban pero que a la brevedad se volvería a poner en contacto. Antes de salir, se detuvo a interrogar a uno de los técnicos, el cual le contestó que encontraron la puerta cerrada pero sin llave y que la hora de la defunción pudo situarse entre las dos y las cuatro de la madrugada...

A partir de allí el rostro del muerto empezó a perseguirlo por todas partes. No dejaba de ver, como flotando en su cabeza, aquella extraña mueca congelada que parecía la caricatura de una carcajada, con las comisuras de los labios apuntando hacia las orejas mientras que los ojos sin vida pugnaban por transmitir algo que a Aldama ni loco se le daba por averiguar. “El muerto que ríe”, según lo bautizaron al día siguiente algunos medios amarillentos. En cierta forma, casi se arrepintió de que le hubieran asignado el caso.

II

Mientras termina su cena en soledad, el doctor Lipmann se pregunta qué más le queda por vivir en esa noche fría bajo el cielo sin estrellas, y se incomoda al ver que sus pensamientos ya no obedecen de la forma acostumbrada sino que ahora se atropellan entre sí, saltan como ovejas de una punta a la otra creando una extraña procesión, y la procesión da vueltas y vueltas sobre el pálido mantel. Se sirve un poco más de vino y se detiene y levanta la copa para verla al trasluz, porque le parece que el color del vino es igual al color de la sangre y también a los pétalos de esas rosas oscuras que se aprietan frente a él en un delgado jarrón, y las tres cosas tienen una cualidad que le produce una gran atracción pero que a la vez lo repele. Piensa una vez más en Lucena, su mujer, pero los pensamientos sobre Lucena siempre van asociados con una irremediable lástima hacia él mismo y la lástima le empieza a romper el corazón, por lo cual le echa la culpa a la bebida y sus manos se aprietan contra los bordes del mantel hasta que empiezan a dolerle las coyunturas.

Absorto en su pena, mira las manecillas del despertador y toma nota de que ya es medianoche, hay una nueva hora

que naufraga, tan deforme y sin sentido como si el tiempo se desmayara sobre alguno de esos relojes blandos de Dalí. Se pregunta dónde están las piezas que no entiende e intenta analizar cada una de sus pistas, pero el pensamiento se encabrita y lo traslada hacia imágenes mórbidas de Lucena con su cuerpo blanco e inerte que se desvanece entre las sábanas de raso, le parece tocar la curvatura del cuello y siente el roce de sus manos perfectas. Inesperadamente lo asalta otra imagen, y es la del perfil griego de aquel adolescente, de Matías, que también aparece saltando con timidez desde la nada; pero por suerte se espanta y escapa rauda cuando reconoce que no pertenece al escenario. Los ojos bañados en lágrimas de su mujer vuelven a adueñarse del proscenio y él intenta extraer de sí algunas gotas de compasión, pero no puede.

Mueve un poco la copa de cristal para ver cómo el vino de color granate se desgarran en las paredes con reflejos de sangre y de tristeza. Toma otro sorbo y otro más y la vuelve a llenar hasta el borde. La luna parece estar tan sin sueño como él y ve que se esconde tras los árboles de la casa de al lado mientras que el horizonte también está rojizo y en todos lados hay un silencio que ningún ruido del mundo va a poder interrumpir porque pertenece a ese mismo hálito de muerte en el cual siente que se está hundiendo su destino.

III

El sonido de una sirena de policía se confunde con unos cuantos bocinazos y atraviesa los cortinados de la sala de espera. Para Matías son como agujas que se le enganchan en el pelo y hace un gesto para sacudírselas de encima mientras se pregunta por qué aguanta en el consultorio de aquel psiquiatra con cara de loco si todo lo que dice le suena como si viniera de otra galaxia. En el fondo, sabe que está sentado allí porque su mamá proclama a los cuatro vientos que ya no puede más con él y porque su papá puso una mirada de espanto y dio por terminada la conversación el día que se animó a explicarle lo que le sucedía, aunque prefiere no pensar en eso y concentrarse en la revista de arquitectura griega que tiene entre las manos, así de paso se deja de observar a los dos tipos que ocupan los asientos de enfrente.

Ya eran casi las diez de la mañana, pero ese martes el doctor Ariel Lipmann se había demorado en llegar al consultorio, cosa no habitual en él. Un sonido de sirenas hizo vibrar la lámpara de cristal sobre el escritorio. “Mejor pienso en

otra cosa”, se dijo mientras abría el cajón para sacar sello y lapicera.

–¿Quién está? –le preguntó a la secretaria a través de la puerta entreabierta. No pudo evitar un tono gangoso en la voz, como si recién acabara de levantarse.

–Echenique, doctor, paciente de primera vez, tiene el turno pedido hace como un mes y lo trae su hermano –respondió Mabel, la secretaria, que había ingresado al consultorio con una pila de fichas–, y después está este chico, Matías.

–Ah, sí. Dale alguna revista así se entretiene y que me espere. No tardo. Hacelo pasar al tal Echenique.

Matías se entretiene con la imagen de las líneas rectas del Partenón y sus columnas de mármol y se pone la revista casi encima de la cara con tal de no mirar al tipo de enfrente que hace un tic con la boca –como un hocico de cerdo– y que en ese momento acaba de levantarse a tocar dos veces la pared para volver a su asiento mientras cruza las piernas en forma de tijera porque pisa nada más que las baldosas oscuras.

Por desgracia ya es tarde, no puede evitar contagiarse de las muecas, los labios se contraen y la pierna derecha se le mueve para arriba y abajo, con un tic que ya no logra detener. Al mismo tiempo siente algo parecido a un desasosiego que solo mejora si la pierna cambia de posición, pero que enseguida crece peor que antes y lo obliga a repetir el mismo movimiento. Cierra los ojos. A esa altura, le parece que algo de él se introduce por la mano del tal Echenique y avanza por su brazo delgado... Un repentino frío en los huesos lo hace estremecer. “No. No tiene por qué pasarme de nuevo, esta vez no quiero”, se dice.

Con un esfuerzo, Lipmann intentó concentrarse en el paciente que estaba por entrar. Mientras cerraba el cajón y esperaba que la secretaria trajera la correspondiente historia clínica, miró sin querer el calendario que estaba bajo la lámpara de cristal, con el mes de abril y un paisaje de pinos donde un gran ciervo de ojos tristes vigilaba en la colina. Maldito ciervo. De un manotazo colocó el almanaque adentro del cajón. Mientras tanto, por la puerta abierta se asomaba la figura de Echenique.

–Adelante –dijo el doctor Lipmann con bastante mal humor, sin terminar de recobrar de la contemplación del paisaje–. Adelante –repitió, viendo cómo vacilaba el otro en el vano de la puerta–. ¡Pase, por favor!

Mientras el paciente se resiste y taconeando en el breve trayecto al consultorio, Matías hace todos los esfuerzos posibles para huir de aquel cerebro lleno de cables pelados que no le pertenecen porque todos son de Echenique, y al final logra replegarse despacio como si recorriera en reversa uno por uno los nervios del hombre hasta recogerse una vez más dentro de sí mismo. Ahora se siente absolutamente vacío, pero sabe que tiene que esperar, que poco a poco los colores van a reaparecer en la sala, los cortinados de pana van a volver a ser rojos como antes y por sus dedos helados la sangre va a circular hasta devolverles el calor. Mira alrededor y ve que está solo. El cuerpo todavía le pesa pero está desarticulado, como si todos sus huesos fueran de cantos rodados. Mabel y los dos tipos han desaparecido y la revista de arquitectura griega se había deslizado al suelo en algún momento y una punta se asoma ahora por entre las patas de la mesa.

La imagen del ciervo de grandes cuernos seguía firme en algún rincón de la mente del psiquiatra, sin que por eso dejara de concentrarse en las contorsiones que hacía su paciente para entrar... Lo vio caminar encorvado, adelantar una pierna y zapatear sobre el piso con cierta cadencia y a continuación desandar todo el camino para atrás... Lipmann disimuló una mueca de fastidio. “Va a tardar dos horas en entrar a menos que haga algo”, pensó. Pero enseguida se desinteresó de los aspavientos del hombre porque reapareció el ciervo rojo seguido por todo lo que desde ayer le rondaba en la cabeza. “¿Yo, cornudo? ¿Nada menos que yo?”, se preguntó con angustia indisimulada, acariciándose la barba. “Lo de los cuernos por ahí lo llevo a entender algún día. Pero... ¡cómo fui tan estúpido!”.

En eso aparecieron la secretaria y un acompañante, entre los dos tomaron al paciente por los codos y lo sentaron a empujones sobre el asiento de tapizado bordó. El hombre que se presentó como el hermano comenzó a relatar las conductas extravagantes del otro, que se ponían peor con el paso del tiempo igual que una mancha de aceite que se desparramaba en su vida. El psiquiatra daba vueltas la lapicera entre los dedos y escuchaba con el mayor aburrimiento. No solo porque ya había concluido que aquel cuadro obsesivo iba a requerir internación, sino porque además no podía evitar que los cabellos rizados de Lucena, su mujer, y esa sonrisa casi perfecta sobrevolaran frente al escritorio, tras-papelando la escena...

El buen humor habitual en Matías también vuelve a circular por sus venas. Mientras se acomoda en el asiento se pregunta si lo que le acaba de pasar no es exactamente lo mismo que le ocurrió la semana anterior, cuando tropezó con aquel vaga-

bundo de muletas, un hombre viejo y estropeado que solía pedir limosna en la vereda del colegio. “No quiero”, piensa, “no quiero volver a sentirlo. Bastante con lo que tengo hasta ahora”. Entonces se pone a recordar el estremecimiento que sintió aquel día al salir de la escuela y dar la vuelta a la esquina, cuando rozó sin querer un brazo del mendigo. Recuerda el súbito dolor en la espalda como si fuera una tenaza y el mareo y la sensación de no sentir más la pierna izquierda y también cómo se tuvo que sentar en el suelo cerca del hombre, desesperado por la debilidad y por la garra en la espalda, cómo cerró los ojos para no sentir el vértigo y no ver tantas chispitas de colores. Y después, cómo todo aquello se fue igual que había llegado, aunque primero pasaron varios minutos de náusea que le parecieron eternos. Al volver a mirar –y para su sorpresa–, el pordiosero estaba parado bien derecho, con un aplomo que nunca se hubiera imaginado. Mientras sacudía la cabeza para librarse de los últimos hormigueos en el cuerpo, lo vio moverse y caminar hacia la otra esquina casi sin apoyarse en las muletas. “¿Qué pasará con el tipo de acá?”, se intriga. “Esto es algo nuevo. No quiero que siga pasando. Es demasiado raro. Hasta para mí es demasiado raro”.

El psiquiatra se decidió y tomó su lapicera de brillo dorado para escribir una orden de internación. Ignoró a Echenique, que en los últimos minutos se había quedado muy quieto en el rincón, cerca de la repisa de coloridos frascos de boticario que Lipmann heredó de su madre, y se dirigió al otro, que seguía abasteciendo de detalles sobre ritos mañaneros y un surtido de extravagancias del hermano.

–Lamento comunicarle –interrumpió– que lo que tiene su pariente se llama *TOC* con psicosis, es incurable y necesita de un tratamiento especial. Solo se puede...

Mabel no ha regresado todavía y el silencio en la habitación es cada vez más profundo, solo se interrumpe con algún breve crujido en la madera de la biblioteca y algún murmullo de la ciudad que atraviesa las cortinas de pana. Por un instante Matías se siente como si fuera el único ser vivo sobre la Tierra. El buen humor se bate en retirada, acosado por una angustia que ni siquiera sabe de dónde viene.

Un cuadro en la pared de enfrente le llama cada vez más la atención: son unos lirios blancos bajo un puente con pilares y hierros oscuros y se da cuenta de que la imagen tiene muchísimo en común con los pósters que eligió para colgar en su habitación. Lo que comparte con ellos son esas líneas gruesas y negras que contrastan con un brillo o algo claro, en este caso el agua y los canteros de flores, de modo que todo el conjunto parece zigzaguear cuando uno mueve los ojos. Para corroborarlo, repite los mismos movimientos varias veces.

Sabe que no lo tiene que hacer, lo sabe perfectamente. Es más, se ha prometido a sí mismo no volver a intentarlo. Sin embargo, nota que la angustia se bate en retirada y por eso sigue mirando alternativamente los negros y los blancos, una vez y otra vez, hasta que por fin algo le sobreviene en la cabeza. La distancia con el revistero empieza a ser cada vez mayor; en realidad, “todo” empieza a quedar más lejos. Sus manos se vuelven extrañas, porque de ellas solo puede percibir algo que es más bien como un proyecto de dedos, una burla, un boceto de una parte del cuerpo y él observa “desde arriba” todo eso. Y comienza también a resultarle cómico, en especial cuando la voluntad de mover las manos perdidas desciende en largas olas azules hacia al corazón de la Tierra. Se acomoda lo mejor que puede, mientras que la

sensación de gracia y bienestar se va haciendo cada vez más y más marcada. Todo está muy bien ahora.

–Internarlo –afirmaba el doctor Lipmann mientras jugaba con su lapicera–. No se asuste, ese es el único camino para...

En eso un fuerte grito resonó entre ellos, procedente de la sala de espera.

Se desliza hacia el mejor de los momentos, aunque sabe que va a perder el conocimiento. En eso, un grito y una voz resuenan como un altoparlante encima suyo. Es la secretaria, que grita y al mismo tiempo lo sacude y lo refriega para arriba y para abajo.

–¡Doctor, venga, venga rápido por favor! ¡El chico se nos está descomponiendo acá en la sala! ¡Va a tener una convulsión!

El doctor Lipmann parecía la estatua de *El pensador*, sentado e inmóvil en su sillón de alto respaldo, con una mano en el regazo y otra en la pera. Contempló otra vez el cuerpo dormido de Matías que se desparramaba sobre el diván del consultorio: la placidez de la expresión, el pelo claro tapando la mitad de la cara. “El mismo perfil de aquella estatua que vi en Atenas”, se dijo, sin poder recordar el nombre del dios griego cuya belleza alguna vez lo conmoviera. “Me gustaría saber por qué sonrío”.

Unos minutos antes, cuando los gritos de la secretaria dispararon la alarma, había llegado a tiempo para observar la convulsión y tomar nota mental de todos los detalles. También para escuchar las explicaciones de Mabel, que

aseguraba que al regresar a la sala lo vio con los ojos alucinados mirar fijamente el cuadro, girar la cabeza y abrir la boca, desmayarse y temblar. O no, repetía Mabel, tal vez fuera al revés y primero hubiera temblado y después abierto la boca, o cómo saber lo que este chico raro estaba haciendo si ella no estaba preparada, menos mal que el otro chiflado con su hermano la habían ayudado cuando gritó, aquel hermano sí se notaba que era buena gente.

“La clave es cómo mira el cuadro”, se dijo de pronto, fascinado. “¡Ese es el estímulo visual con el que se provoca las crisis! ¡Son fotoinducidas!”.

Pero lo que no conseguía explicarse para nada era la milagrosa mejoría de Echenique, quien, mientras ayudaba a levantar al muchacho del suelo y llevarlo al consultorio, se comportó como si nunca hubiera sufrido de nada. Caminó correctamente con Matías tomado de un extremo, ayudó a colocarlo en el diván, y antes de que Lipmann pudiera reaccionar ya se estaba despidiendo sin agarrarse de las paredes y con las piernas derechas y sin los antiguos efectos especiales, mientras prometía volver cualquier día de aquellos para completar el tratamiento. Como mucho, un pequeño visaje en la comisura de los labios, eso era lo máximo que había podido advertir el doctor al darle la mano.

Tomó de la mesa la historia clínica del chico y se puso a leerla una vez más porque no lograba tener las cosas claras. Matías era un acertijo. En el corto período de tratamiento siempre sintió como si hubiera dos adolescentes en uno. El primero, el que él había disecado y pegado con alfileres en la ficha. El otro, un chico de aire gentil que se le esfumaba todo el tiempo por los intersticios en los que rengueaba la ciencia y le regalaba al doctor una sonrisa encantadora para después quedar absorto en cualquier parte del techo sin contestar a las preguntas que le formulaba. “Exactamente igual a lo que

hacía mi propia mujer, digamos”, reflexionó antes de volver a concentrarse en el problema principal.

En la historia se podía leer por ejemplo la nota de contestación de la neuróloga, donde decía que la droga antiepiléptica que le administraba era la correcta y que si el chico la tomara de verdad no tendría semejantes convulsiones. Sin embargo, cuando Lipmann le mostró a Matías los últimos dosis de carbamazepina en sangre, extremadamente bajos, este desvió la mirada envuelto en un silencio de piedra. No parecía deprimido. Los tests neuropsicológicos revelaban a una persona muy inteligente. Pero allí mismo figuraban las entrevistas con la madre y su relato sobre pastillas que se descubrían en el fondo del inodoro o escupidas entre los malvones del patio o la cuestión de los frasquitos de colores que aparecieron casi llenos dentro de un tarro con tornillos; al final, todo apuntaba a que Matías se empeñaba en tener crisis. Además de la epilepsia, también estaba su extrema sensibilidad, que le permitía darse cuenta de cosas que les pasaban a los otros y reaccionar casi como si les adivinara el porvenir. También debería considerar aquellos extraños síntomas, como rengueras transitorias, hormigueos y tics que le aparecían y desaparecían por el cuerpo. “Un histérico con una resonancia límbica terriblemente exagerada”, pontificó para sí mismo.

Para colmo, Lipmann no dejaba de sentir que él mismo, con torpeza de novato, había bloqueado desde el vamos la puerta de acceso a la psiquis del chico. Recordaba muy bien los detalles de aquella consulta, que además fue la primera. Fue justo la misma tarde en la que se enteró de que sus propias molestias a lo mejor eran un cáncer de próstata.

–Matías. Si vamos a trabajar juntos en lo que te pasa, tenemos que establecer algunas pautas para poder relacionarnos. ¿Estás de acuerdo? –Recordó haberle dicho hacía un

mes en ese mismo lugar, mirándolo a través de la solemnidad de su escritorio de caoba negra mientras acomodaba, un poco distraídamente, el sobre con el resultado de los análisis que acababa de retirar una hora antes.

–Está bien, doctor –murmuró Matías, sentado en una silla más baja que el psiquiatra, atento a algo que amasaba entre el índice y el pulgar como una bolita de papel de servilleta retorcida para formar una colita de costado.

–No te oigo. ¿Qué dijiste?

–Que sí.

–Matías, ¿podés mirarme a la cara cuando hablamos?

–Sí, doctor.

–Bueno, entonces hazlo. Hazlo ahora.

El chico dejó de retorcer la bolita. Levantó la cabeza, lo miró profundamente a los ojos y esta vez sí le dedicó toda su atención. Y lo que ocurrió –para sorpresa de Lipmann– fue que aquel espacio de atención resultó tan intenso, tan inesperado y tan cristalino que el psiquiatra, sin saber por qué, tuvo la espantosa sensación de estar débil y desnudo frente al chico, como si acabara de nacer. No pudo evitar cerrar los ojos y tirarse para atrás en un reflejo de defensa, dándose con la nuca contra el respaldo del sillón. Para cuando los volvió a abrir, Matías ya no estaba allí. Con la cabeza gacha, se había vuelto a ensimismar en la pelotita de papel y la giraba entre los dedos.

IV

Son casi las once. Todavía hay una garúa tenue en Buenos Aires, que desdibuja los contornos del edificio de enfrente. En el relativo silencio de su despacho, Aldama se pasa la mano por los pocos pelos que sobreviven en la nuca y se acomoda en el sillón, con la sensación de que va a atrapar muy pronto al asesino. Acaba de ver los videos del sistema de vigilancia, secuestrados ayer, y sabe que tiene al culpable ahí nomás y que lo tomaría del cogote si pudiera. Hay que ver lo clarito que sale en el video, un primer plano perfecto cuando pasa adelante de la cámara del ángulo del pasillo, otro más cuando se detiene frente a la caja del ascensor, mira hacia el techo y se va –un tipo con aire de boleado que no tiene nada que hacer en el sexto piso– sin darse cuenta de que queda grabado por segunda vez en la memoria de la computadora. Cara de ratón asustado, pelo canoso, nariz de toronja. Las cinco de la mañana según consta en la grabación. Es una lástima que no se lo vea cuando el desgraciado cuando sale del departamento y tampoco cuando se va del edificio, porque las malditas cámaras apuntan para otro lado. El encargado de seguridad tampoco ayuda porque a



FACTOTUM EDICIONES

Índice

I	9
II	15
III	17
IV	27
V	31
VI	37
VII	43
VIII	53
IX	57
X	63
XI	69
XII	75
XIII	81
XIV	87
XV	93
XVI	97
XVII	105
XVIII	115
XIX	131
XX	135

XXI	141
XXII	145
XXIII	151
XXIV	155
XXV	171
XXVI	175
XXVII	181
XXVIII	185
XXIX	191
XXX	197
XXXI	213
XXXII	217



FACTOTUM
EDICIONES



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?